
Capítulo XX.

Sucesos.

Poco tiempo antes de la llegada de la corte á Córdoba, y por consiguiente del arribo á la ciudad de Cristóbal Colon, hubo una batalla contra los moros, muy fatal para los defensores de la Cruz.

La reina Isabel se hallaba establecida con su corte en Vitoria, más que para otra cosa, para observar los actos de Luis Onceno á la sazón rey de Francia, el cual, por hallarse emparentado con doña Catalina, reina de Navarra, y por tener una gran enemistad contra don Fernando, abrigaba grandes deseos de ejercer su influencia en los dominios del rey de Aragón y contrarestar su poder.

Mientras Isabel aguardaba en Vitoria el resultado de las gestiones secretas del monarca francés, su augusto esposo partió para Andalucía.

Antes de que llegase al teatro de la guerra, tuvo lugar la famosa batalla de la Ajarquía.

El maestro de Santiago, que mandaba en la frontera de Ecija, reunió en Antequera muchas gentes del reino de Sevilla, y entró en la Ajarquía con el ánimo de talar sus hermosos y productivos campos.

Llegaron á lo más intrincado de la sierra, y hallaron el vacío en todas partes.

Los moros que habitaban allí, temerosos de caer en poder de los cristianos, se habian retirado, llevándose á paraje más seguro sus tesoros.

Alentadas por esta retirada las huestes de los Reyes Católicos, descendieron imprudentemente á los valles, y al apoderarse de ellos, vieron con sorpresa que se coronaron las eminencias de la sierra de árabes belicosos, los cuales, arrojando sobre ellos toda clase de proyectiles, causaron en sus filas una horrible carnicería.

Sostúvose todo el día la pelea, con notable desventaja de los cristianos, y cuando la noche tendió su velo, se hallaron rodeados por todas partes de enemigos.

El maestro de Santiago, don Pedro Enriquez y el marqués de Cádiz, que capitaneaban las tropas, debieron su salvación á la fuga, viéndose obligados á trazar por los más difíciles senderos para llegar al puerto de salvación.

Más de mil hombres quedaron muertos en el campo...

Y otros tantos cautivos en poder de los moros,

los cuales fueron encerrados en el inexpugnable Castillo de Tebar.

En esta accion quedó prisionero don Rodrigo de Aldana, hombre de perversas costumbres; pero muy influyente con los nobles caudillos de las huestes cristianas, por la misma razon de que halagaba sus brutales instintos y excitaba sus aviesas pasiones.

Ya en otra ocasion habia estado cautivo, y conocia el idioma de los árabes.

Haciendo de la necesidad virtud, consiguió que le distinguieran entre todos los prisioneros, anunció á sus camaradas que iba á negociar su libertad, y logró que le llevasen á presencia de los jefes más importantes de la morisma.

Sus compañeros le aguardaron bastante tiempo en vano.

Desconfiando de su salvacion por medio de una negociacion política, emplearon su valor para librarse de sus cadenas, y una noche, sorprendiendo á sus guardias, los pasaron á cuchillo y corrieron á guarecerse en el campo cristiano.

Don Rodrigo de Aldana no pareció en algun tiempo.

Los cristianos vencieron á los moros en Lucana, en Lopera y en Zahara.

Al cabo de algun tiempo, don Rodrigo, pobremente vestido, y llevando en su rostro las huellas de la más espantosa miseria, se presentó en Córdoba, donde estaban los reyes, y haciéndose anunciar como un cautivo que habia podido escaparse del poder de

los enemigos de su rey, manifestó deseaba aprovechar, en beneficio de los suyos, las noticias que habia podido recoger antes de abandonar el campo musulman.

No quiso dar á conocer su verdadero nombre, porque la verdad era que las intenciones que le excitaban á hablar con el soberano eran infames.

Mahomad, á quien se conocia por el sobrenombre de *el Zagal*, hermano de Abul-Hacen, le habia ofrecido inmensas riquezas si le entregaba la cabeza del marqués de Cádiz, bizarro caudillo que le habia derrotado muchas veces, y á quien odiaba con todo su corazon.

Era imposible que Rodrigo cometiese aquella villanía á mansalva:

Pero prestándose á ser su guía en una expedicion, podia prepararle una emboscada y entregarle á sus enemigos.

El rey le recibió, y dando crédito á sus palabras, apreció en mucho sus indicaciones, le socorrió y contó desde luego con él para que sirviese de guía á sus capitanes.

Inmediatamente reunió á su Consejo particular, le dió cuenta de sus propósitos de poner fin á la guerra, penetrando hasta las faldas de Sierra Nevada, y apoderarse de Granada, que era el último baluarte de la morisma; y como este era el gran pensamiento de su esposa, se reunieron los Consejos de entrambos soberanos, y en ellos se resolvió, por de pronto, que el marqués de Cádiz saliera á apoderarse de Ronda.

Esta predilección de los monarcas en favor de aquel ilustre guerrero, excitó las mayores envidias en los que deseaban mandar la expedición, y se trató, por medio de una intriga, de privarle de la gracia de los reyes.

El conde de Almagros, hábil cortesano, comprendió que para conseguir que la intriga tuviese resultado satisfactorio, era preciso colocar al lado de la reina una dama con condiciones para llegar á ser su única favorita, y como por entónces disfrutaba de todo el aprecio de la reina Beatriz Enriquez de Córdoba, convencidos como estaban todos de que les sería imposible llegar á dominarla, de que jamás se prestaría á sus fines, y más aún, de que si se la iniciaba en la intriga, sería capaz, desafiando el peligro, de advertir á su soberano, resolvieron emplear todos los medios que tuvieran á su alcance para separarla del lado de la reina.

La calumnia acechaba el momento oportuno, y no tardó en hallarle.

El vehemente interés que demostraba Beatriz por Colón, las imprudentes palabras del soldado Martín Carrasco, que desde las cuádras de los escuderos habían llegado hasta las espléndidas moradas de los nobles, fueron dos preciosísimos motivos para que la calumnia se cebase en la ilustre dama de Isabel.

Arcanos de la Providencia.

A partir de aquel momento, no cesaron los reyes de oír insinuaciones en contra de la jóven.

La calumnia no se detuvo.

Empleó todos los medios para llegar al fin, y haciendo su instrumento, sin que lo sospecharan siquiera, á las personas más allegadas á la reina, hasta su confesor fray Fernando de Talavera llegó á decirle, que fuesen falsos ó verdaderos los rumores que corrían acerca de Beatriz, lo cierto era que no podía permanecer al lado de la reina, á no ser por un exceso de su augusta bondad.

En cambio ponderaban en torno suyo las virtudes de doña Catalina de Alvarado, dama de más ancha conciencia, ambiciosa, apasionada, que se prestaba gustosa á dominar, por los halagos, y hasta por las seducciones, á la reina, para que realizase los propósitos de sus patrocinadores, siempre que estos trabajasen antes en su favor para elevarla á la altura en que deseaba hallarse.

La reina conocía demasiado á Beatriz para dudar de ella.

Sin embargo, la habló.

El resultado de su conversacion fué para su augusta soberana el pleno convencimiento de que no era culpable.

Las lágrimas que nublaron los ojos de Beatriz no eran lágrimas de una mujer criminal, sino las de un ángel, que pudiendo probar su pureza, se avergonzaba de sus calumniadores.

—Después de todo lo que pasa,—dijo á la reina,—después de haber sabido que se me calumnia, no me siento con fuerzas para vivir entre personas

que con sus miradas han de herirme á cada momento.

Yo sé que vuestra majestad ha sido siempre una madre bondadosa para mí. Sé que vivirá mi recuerdo en el noble y generoso corazón con que la Providencia ha dotado á vuestra majestad; sé que no me alejará vuestra majestad de su lado.

Pero yo, con las lágrimas en los ojos, con el corazón herido de muerte, deseando la soledad, el descanso, pido á vuestra majestad que me deje vivir algún tiempo lejos de la corte, en la solitaria morada donde mi padre acabó sus días, donde trascurrieron los mejores años de mi juventud.

Si desea vuestra majestad que viva, que tenga un nuevo motivo de gratitud, otórgueme esta gracia, que le pido como mi única salvación.

La reina comprendió que después de todo lo que habia pasado era necesario que se alejase por algún tiempo de la corte, y estrechando su mano:

—Tienes razón,—le dijo;—debes partir; pero véte segura de que ni un solo instante dejaré de estimar lo que valen tus prendas. ¡Quién sabe si muy pronto, en mejores días, volveremos á reunirnos! Estoy satisfecha de tí y convencida de que, si levantas tu frente, es porque tu pureza lo sostiene, no por que la hipocresía oculta en ella la sombra del pecado.

Beatriz, con la conciencia tranquila, porque habia obrado bien, y deseosa el mismo tiempo de huir de Colon, porque se tenia miedo á sí propia, partió

á Baeza y se encerró en la casa solariega de su madre, dando orden á Beltran de que ocultase á Colon su paradero.

Beltran se quedó en Córdoba para velar de cerca por su protegido.

Sólo Inés acompañó á Beatriz.

Los cortesanos consiguieron que doña Catalina de Alvarado reemplazase cerca de la reina á doña Beatriz; pero sus esfuerzos fueron inútiles.

No era posible que con el halago y la seducción influyese en el ánimo de aquella excelsa matrona, de aquella mujer sublime, que debia conservarse en la historia como una de las primeras figuras de la humanidad.

El marqués de Cádiz fué encargado de poner sitio á Ronda; y el mismo rey poco después salió también á pelear, porque lo mismo en su ánimo, que en el de su esposa y en el de todos sus vasallos, no habia más que un solo deseo: el de poner término para siempre á la dominación de los moros en España.

Ebrio de gozo Rodrigo, porque veia acercarse el momento de recibir el premio de su traición, se prestó á ser el guía del caudillo.

Pero no pudo realizar sus planes.

La codicia le cegó, y la historia, que registra este hecho, aunque someramente, dice que al comprender su traición los soldados del marqués de Cádiz, se lanzaron sobre él como energúmenos, le cosieron á puñaladas, y tuvo que emplear toda su autoridad el ilustre capitán para que no le hiciesen trizas.

Fero ninguna de estas cosas hacen por ahora al caso.

A su tiempo asistiremos con el héroe de nuestra historia á aquella lucha gigantesca de los Reyes Católicos contra los últimos descendientes de Mahoma, que aun vivian en las tierras pertenecientes á las coronas que ostentaban en sus reinos aquellos dos monarcas; lucha cuyos episodios no dejan de ser interesantes y dignos de mencion, por más que todo el mundo sepa cuán grande y cuán majestuoso fué el resultado de ella, no sólo para la nacion española, sino para la religion cristiana.

Volvamos á Colon.

Capitulo XXI.

Desaliento.

En medio de su profunda amargura, no pudo ménos, pasada la primera impresion, de buscar un consuelo á su afligido corazon, elevando su pensamiento á la Providencia.

—Soy un loco, —se dijo; —¿cómo he podido dar pábulo al sentimiento que ha nacido en mi alma? ¿Por ventura el extranjero que viene sin más recurso, sin más amparo que la carta de un venerable sacerdote alejado del mundo, sin más títulos que su amor á la ciencia y sus deseos de ofrecer sus conquistas á una nacion, tiene derecho para quejarse del desden de una ilustre dama, que ha podido muy bien arrepentirse de una bondad impremeditada?

—¿Qué he hecho yo, qué soy en el mundo, para aspirar á tanta ventura?